JODOROWSKY | Y su llegada a Chile:

El Mago arremete de nuevo

Sanador internacional, creador de la poesofía, estremece la Feria del Libro. ¿Un premio? ¿Varios premios? No se oye, padre. Jodorowsky no califica porque no fue torturado por Pinochet.

ENRIQUE LAFOURCADE

¿Por qué tanto Jodorowsky aquí, ahora y siempre, una vez al año, como Halloween? ¿Qué sucede con este sicochamán, con este sicomago, sanador y propietario de todas las magias? Los intelectuales y escritores de las batucadas y los del apparatichk de la cultura, bien podrían reconocer con premios y dignidades a este formidable animador espiritual.

Cuando yo llegue al cielo (pensemos en forma elevada) y me encuentre con este gran mimo de la vida y le pregunte: —¿Cómo es posible? Tú, además, ¿en el cielo? Él tendrá una clara respuesta: "Estoy en el cielo debido a que cuidé en la tierra al "Patas de Humo".

Por años ignoré el nombre de ese fantasma de nuestros viejos tiempos de estudiantes rítmicos. Yo creo que Alejandro aún no lo conoce. En la hoy extinguida Feria del Libro, se me apareció un misterioso emisario diciéndome sin más: "El verdadero nombre del "Patas de Humo" fue el de Roberto González González. Su padre era conocido como "El Andarín". Después de estas revelaciones se esfumó entre la multitud.

La pagoda parroquia sinagoga mezquita

Mi conexión entre el célebre "Patas" con la realidad se produjo en el Taller Mítico de Alejandro, en una calleja frente al Forestal. Escribí sobre dicho santuario. Hoy vuelvo a este asunto en un mundo donde las iglesias viejas parecen inútiles. Y escribí porque Jodorowsky ha retornado más poderoso que nunca con sus pomadas y ungüentos mágicos y su literatura de sanaciones interiores.

Esos tiempos de nuestra formación me conmueven. No todos pudimos ser Doctores de la Ley. Poetas, éramos heterosexuales, tímidos, románticos, hermosos. Un crítico nos llamó "Los Degenerados del 50". Amábamos la noche, amigos de los mandragóricos y otros surrealistas, de conversar con las prostitutas y los trastornados, buscando Ofelias e Ivonnes de Galais, Lihn y Jodorowsky, aprendices de Stephen Dedalus y Agustín Meaulnes, se subían a los árboles en Ñuñoa para discutir tranquilos. Todos, larvas. Jodorowsky dormía junto a unas precarias maletas de viaje.

Muchos años después, en París, en un restaurante de barrio en Montparnasse, mientras le dábamos el bajo a un estofado de conejo, Jodorowsky abrió su corazoncito por unos instantes bajándose del escenario portátil con el que anda, explicándome sobre su origen: "Chile, mi nacimiento. Después, simbolizaste mi muerte. Huí de ti deseando cortar raíces. Ahora que he aprendido a morir, deseo enterrarme en tu tierra". Requerido por el lugar de su reposo: "En el cerro don Pancho, de Tocopilla" aclarándome aún más el punto: "bajo el sombrero de don Pancho".

El conejo y los vinos rojos nos dejaron saltones, pensativos, silenciosos. Alejandro, en esa época, según su propia expresión, se dedicaba a sanar niños idiotas. Me contó que acababa de devolver a la vida a un niño vegetal, un mueble, que nunca había hablado y era incapaz de alimentarse por sí mismo.

—Le dije al padre; lámele los dedos de los pies al idiota. Y a la madre: sáquese un pecho y póngaselo en la boca.

—¿Y qué pasó?

—Comenzó a succionar. Y de pronto la miró y exclamó: ¡Mamá!

—¿Qué fue de él?

—Ahora es un gordo enorme.

Me tocó frecuentar a Alejandro en México, durante sus tiempos mayores de gran director de teatro, de cine de vanguardia, sumergido en el chamanismo y los santeros aztecas, encandilado con la obra de Castañeda, el Agente Secreto del Más Allá. Llegó a París huyendo de los devotos de la Virgen de Guadalupe debido a que en una película, no recuerdo cuál, al director Jodorowsky se le había pasado la mano con una danza de piluchas en la iglesia de la venerada imagen.

¿Odiaba Alejandro las iglesias? ¿Las vírgenes? No lo creo. Los generales mexicanos solidarizaron con la Virgen de Guadalupe. París era ahora su meta. Pensaba caer en los brazos de André Breton. Pero fue abrasado (sic) por la ciudad luz. Él ya venía muy encendido. Todo costó.

En esa cena parisina del conejo en escabeche

volvió a evocar su primer templo, próximo al Forestal. El Taller era una sucesión de enormes galpones que utilizaban arquitectos, escultores, pintores, entre otros Arturo Edwards y Andrés Racz. El segundo, norteamericano, decidió irse y le cedió su lugar a nuestro sicomago, sin costo. Alejandro, generoso, abrió las puertas y a poco eso era otro Hogar de Cristo, un hervidero de mimos, actores de teatro, brujos, poetas, vagabundos. Cigarrillos, grandes conversaciones, vino. Alejandro no bebía ni fumaba. Descubrió al "Patas de Humo", el rey de los borrachos durmiendo en el parque. Se lo llevó al taller como su secretario. También dio asilo a un gran perro. En algún momento hubo una fiesta en el salón literario de Santiago del Campo e Isabel Edwards, y Jodorowsky decidió llevar al "Patas de Humo" caracterizado como un príncipe austro-húngaro. Para estos efectos hubo que bañarlo, afeitarlo, vestirlo. Todos cooperaron. Debajo de ese oscuro y animoso vagabundo iba apareciendo un hombre casi buenmozo. Se le juramentó para que en la fiesta no abriera la boca. Ellos explicarían a los dueños de casa que sólo hablaba húngaro, y del húngaro antiguo, ya casi extinguido. Otra condición: el "Patas" no podría probar alcohol.

Todo anduvo de perillas hasta que el Príncipe encontró la cocina y los vinos. Comenzó a beber, sólo. Y al poco rato, cuando Jodorowsky y sus mimos estaban en lo mejor de sus danzas, apareció Roberto González González lanzando las más enérgicas obscenidades contra el Colo Colo y a todos los que estaban en la fiesta. Costó tranquilizarlo. Jodorowsky estuvo riendo una semana. El "Patas" no se acordaba de nada. Tiempo después, Jodorowsky abandonó América del Sur. A triunfar a París. Después, a México. Después de nuevo a París. Escribiendo libros, obras de teatro, dirigiendo películas, creando centros de elevación espiritual; y regresando a Chile a buscar su casa que no la encuentra en parte alguna.

La noche devora al vagabundo

Volvamos al "Patas de Humo". Sólo puedo compararlo en su misteriosa dignidad, con "Panamá González". Ya hablaremos del segundo. El "Patas", cuando se va Alejandro a París en un buque, logra la protección del pintor Arturo Pacheco Altamirano, quien lo descubre a la salida de un bar. El "declive" de Pacheco Altamirano era poderoso. Resistía horas de horas. Sólo lo sobrepasaba el del "Patas", un auténtico profesional de las borracheras. Se hicieron íntimos. Tiempos del general Ibáñez, segunda parte. Pacheco Altamirano es nombrado agregado cultural en París y se lleva al "Patas de Humo" como su secretario y chofer para que le maneje su Mercedes Benz diplomático. La pareja fue famosa y "triunfó" a su manera y medida. Ignoro si Jodorowsky hizo contacto con su antiguo discípulo en esa época. Nada sé sobre los días finales del "Patas de Humo". Era un alcohólico silencioso y tierno, servicial y con su orgullo. Le llevaba los cuadros a Pacheco, le arrastraba sus grandes telas marinas, esos pescadores encendidos por los crepúsculos de Chonchi. Otras veces arrastraba al agregado cultural hasta su hotel. La pareja regresó a Chile y le perdí la pista.

El increíble "Panamá" González

Lo describe, y muy bien, Julio Barrenechea. Llegó de San Felipe a sobrevivir en Santiago con la compra-venta de libros. Flaco, de bigotes, vestido de blanco y con sombrero de pita. Los sanfelipeños estaban alterados porque les gustaba pasearse por la plaza en un viejo burro. Barrenechea lo encontró en el centro con sus libros, como un buhonero de El Greco al que había que ir a comprarle la gorguera, el jubón, el calzón bombacho, las mallas. Tal vez, afeitarle el bigote y tenerlo a una dieta de chuchoca con pajaritos para que engordara aunque no más fuera un par de kilos. Y, acaso, regalarle un par de manos como las que Doménico prodigaba a sus modelos.

> Jodorowsky ha retornado más poderoso que nunca con sus pomadas y ungüentos mágicos y su literatura de sanaciones interiores.

Según el inolvidable poeta Barrenechea, su "Panamá" González era el mismo que trabajó en "El Muelle de las Brumas", junto a Jean Gabin y a Michele Morgan, en la cabaña frente al mar, el que tocaba una guitarra y, sin saberlo, estaba fundando el existencialismo.

"Panamá" desaparecería sin explicaciones de la bohemia santiaguina. Una vez sobrevino más panameño que nunca a la fuente de soda "Iris", en la Alameda, oficina principal del "Zócalo de las Brujas", donde arremetió furibundo contra los brujos: —¡Todos ustedes son locos! ¡Todos! A ver, ¿quién puede mostrarme este certificado? Y acto seguido exhibió un documento de la Casa de Orates donde constaba que estaba sano de cuerpo y alma tras permanecer allí varios meses con una beca. —¡Pruébenme, con un certificado como éste que están cuerdos! —les gritó mirándolos de alto a bajo y hundiéndose en la noche lleno de orgullo.

"Panamá" González vivió en una piececilla que le prestaban en el Santiago Antiguo los padres agustinos. No quiso ser político ni redentor ni curandero ni poeta.

¿Dónde andarán, invisibles en este mundo humeante de terrores, el "Panamá" González y el "Patas de Humo" González?

Voy, seriamente a interrogar a Jodorowsky, sobre los últimos días del "Patas de Humo" y acerca de si salvó su alma. No en balde nuestro mago y amigo acaba de crear la poesofía (sin erratas, por favor) y mantiene comunicaciones con medio mundo.

Habrá que seguir indagando sobre estos González.•